

La medida del valor del dinero

En un reciente coloquio entre el doctor Schacht y algunos economistas españoles, en que tuve el honor de encontrarme se suscitó la cuestión de la medida del valor del oro, pues pretende este ilustre manipulador de las finanzas, ahora partidario del patrón oro, que este metal es la materia de valor más estable y, por consiguiente, el mejor patrón de los valores de las demás, en tanto no se descubra alguna de valor más estable todavía.

Pero decidir si el valor de una cosa es más o menos estable, y la estabilidad relativa del valor de dos cosas implica el que tengamos una medida del valor de esas cosas que sea independiente de ellas mismas. Si el valor del oro lo medimos en oro, nos parecerá que tiene una estabilidad absoluta, pues cualquier cosa que ocurra, un gramo de oro valdrá siempre un gramo de oro.

Si comparamos dos mercancías por ejemplo el oro y la plata, que en los tiempos del bimetalismo se cambiaban en la relación de 1 a 15,5, y que pasaron un cuarto de siglo después a cambiarse en una relación doble, no podemos decir si es la plata lo que ha bajado de valor o el oro lo que ha subido a menos de que midamos ese valor con algo que no sea ni oro ni plata. Decir que es la plata lo que ha bajado porque al oro le atribuimos un valor fijo, es dar por resuelto el problema que nos planteamos, es establecer una petición de principio.

Veamos si es posible hallar una solución razonable.

Supongamos que tomamos varias mercancías y calculamos la variación media de valor que han experimentado entre dos épocas. Con ello construimos lo que se llama un índice de precios. La variación indicada por ese índice no corresponde a ninguna de las mercancías en particular. Es de suponer que las causas de variación de cada una se compensarán con las de las otras. Por ejemplo, unas habrán bajado de valor por su relativa abundancia, mientras otras habrán escaseado o habrán sido más demandadas; unas habrán disminuído de coste por perfeccionamientos en su fabricación, en tanto que otras se habrán encarecido con respecto a las demás por dificultades en la obtención de las materias primas o por aumento de coste de la mano de obra específica que requieren.

A medida que el número de mercancías consideradas es mayor, esa compensación será más probable, y cuando abarcáramos todas las mercancías, ponderándolas según su importancia relativa en el

conjunto de las transacciones de un país, podríamos decir que las variaciones acusadas ponen de relieve las fluctuaciones, no de las mercancías en general, sino tan sólo de aquella mercancía particular en que se expresa el valor de todas: de la moneda.

Esto merece una explicación, y vamos a darla.

Hemos convenido los economistas—y esto es de lo poco en que hemos convenido—que el precio de toda mercancía cuyo mercado sea libre, depende de su oferta y demanda. La moneda es también en este aspecto una mercancía que está sometida a esa ley. Ahora bien ¿qué significa oferta y demanda de la moneda?

Como la moneda se cambia por todas las demás mercancías, —ésta es la condición implicada en su naturaleza misma—demanda de moneda es oferta de todas las mercancías, y oferta de dinero es demanda de todas ellas. Así que, cuando consideramos el conjunto de todos los precios ponderamos con arreglo a la importancia de cada mercancía en ese conjunto, precios que son el resultado cada uno de las demandas y ofertas particulares de esas mercancías, el resultado obtenido no puede ser otro que el resultado del conjunto de todas las demandas y ofertas de ese mercado, es decir, el precio de la moneda.

Cuando decimos que el índice de precios en febrero de 1952, base 1913, es de 1225,9, se quiere decir que lo que se adquiría en 1913 con 100 pesetas exige en promedio 1225,9 pesetas para ser comprado, por lo tanto el poder adquisitivo de la moneda ha pasado de 100 a $\frac{100}{1225,9} \times 100 = 8,15$ pesetas. ¿Se puede pensar que es que ahora cuesta todo doce veces más de obtener que en 1913? ¿No es más cierto pensar que es que nuestra pesetas de ahora no vale más que 8 céntimos de la de 1913?

Se dirá que todo esto es muy relativo y un tanto aproximado nada más. ¿Y cómo no lo ha de ser si hasta las medidas físicas lo son, según Einstein, hasta el punto de que el metro no es un metro ni el gramo un gramo, sino en tanto se conservan invariables ciertos parámetros, como la velocidad del móvil en el cual cruzamos el espacio? Si ese móvil se acercase a la velocidad de la luz, el metro se aproximaría a la longitud cero y el gramo a una masa infinita, aunque nada de esto se pondrían de manifiesto en nuestras medidas, porque todo sufriría una transformación proporcionada.

Pues si esto sucede en ese mundo que nos parece el trasunto de lo estable y absoluto, ¿qué podemos esperar cuando nos trasladamos a este otro de los fenómenos económicos, que no dependen de hechos físicos, sino de la complicada red de los procesos psíquicos de todos y cada uno de los sujetos sociales, y de sus voluntades cambiantes?

El valor es desde su origen una cosa sometida a todas las relatividades, y su medida es menos fija que las demás medidas. Con todo, el medirlo tiene una utilidad práctica, y nos puede guiar en la exploración que nos permitirá algún día comprender mejor ese sector importante y misterioso de la vida social, que es lo económico. No importa que los índices prácticos no tengan la perfección teórica de abarcar todas las mercancías, pues cuando éstas son en número suficiente, la agregación de otras apenas altera los resultados, lo cual se comprende por el hecho de que las variaciones de precios que obedecen a causas monetarias hacen mover armónicamente a todos a la larga, al estar los precios enlazados por relaciones que los ligan. Múltiples motivos enlazan el precio del pan al de las patatas, al de la carne, al de las telas y al de los ladrillos, de modo que si por un alza general sus precios relativos se modifican, sin ninguna causa particular que lo determine, la demanda se dirige al relativamente menos valuado, hasta que se restablezca el equilibrio antiguo.

Gracias al índice del nivel general de los precios en los países de patrón oro, podemos estimar, v. gr.: que cuando de 1875 a 1896 la relación entre el oro y la plata pasó de 15,5 a 31, 3/4 del aumento fueron debidos al alza del oro y sólo la cuarta parte a la baja de la plata. Y se comprende, porque en esa época, a causa de la adopción del patrón oro por los principales países, recayó sobre el oro casi toda la demanda monetaria que antes había compartido con la plata. El oro varía, pues, de valor. ¿Y cómo podría ser de otro modo si es una mercancía sometida a las leyes de la oferta y de la demanda, de una oferta y de una demanda que son esencialmente variables?

Si el oro no tuviese uso monetario, sería un objeto de puro lujo y de atesoramiento, y el sentido común nos dice que las mercancías de esta condición son las que tienen una demanda más fluctuante, como dependiente del estado general de bienestar, del capricho de las gentes y de algo tan voluble como la moda. Además su oferta se halla ligada a una provisión poco elástica.

Pues el haber hecho de él la sustancia de la moneda no atenúa la variabilidad a que visiblemente se halla sometido. Al contrario, introduce

una demanda que en sí misma es esencialmente fluctuante con la actividad de los negocios. El atesoramiento en oro, lejos de mitigarse, recibe un estímulo, pues se sabe que la moneda se devalúa con respecto al oro, pero nunca a la inversa, de modo que el atesoramiento de oro constituye a la larga un agio seguro. El oro se busca sobre todo, como refugio del capital, cuando los precios bajan, esto es, cuando el valor del oro sube, con lo cual se exagera el efecto de baja, que es la causa de la depresión y de la crisis, en tanto que se desatesora cuando los precios suben. Este efecto tiene una gran parte de las responsabilidades en la agudización de los ciclos desde que se introdujo el patrón oro. Y todavía a esa demanda variable de los particulares se une la más importante de los bancos para constituir sus reservas.

Pretender que es estable el valor de cualquier mercancía es una singular opinión. Mas pretender eso del oro o de toda otra que se convierta en patrón monetario, la cual por ese sólo hecho queda sometida a las influencias de la economía entera, es cosa que raya en los límites del absurdo.

Es indudable que los números índices son el instrumento que sirve para fijar el valor de la moneda con respecto a las mercancías en general, por darnos su poder de compra relativo entre dos épocas, cualquiera que sea la clase de moneda-papel inconvertible oro u otra materia. La particularidad de la moneda de oro es que se desmonetiza cuando el valor como metal supera al que tiene como moneda, es decir, cuando el valor del oro sube, y se amoneda en el caso contrario el metal en pasta. De este modo se asegura automáticamente la equivalencia oro de la moneda. Naturalmente ello es a expensas de que, si el valor del oro sube, todos los precios bajen, de modo que en cuanto la razón puede servir de guía en los asuntos humanos, podemos asegurar que la gravedad y persistencia de las crisis en el último cuarto del siglo pasado se debió a la gran alza del valor del oro.

Que el uso monetario eleva el valor de la cosa que se elija como base de la moneda, es un hecho evidente. El almacenamiento en el fuerte Knox y en otros subterráneos, de casi todo el oro que existe en el mundo, —y que ha dado lugar a las burlas de quienes sostienen con bastante lógica que no vale la pena desenterrar el oro de las minas para enterrarlo a continuación en otros lugares—no cabe duda que enrarece la oferta de ese metal y eleva su precio.

Con otra materia que se hiciese eso ocurriría lo propio. Por eso la idea que expuso el Dr. Schacht del patrón petróleo me parece descabellada, dicho

sea con perdón de tan ilustre hombre público. Tendría las ventajas de su producción y consumo regular y de la dificultad de atesorarlo. Pero eso mismo es uno de sus inconvenientes. ¿Cómo se constituirían y conservarían las reservas necesarias para asegurar la convertibilidad de la moneda nafta? Se podría permutar la moneda a un precio fijo por petróleo, pero el petróleo es una mercancía de identidad muy variable. ¿Sería el bruto o el refinado el que sirviera de patrón? ¿y de qué clase? Lo que consume el público no es petróleo, sino sus derivados, que son de muy diverso valor y calidad.

Y luego pretender que una cosa cuyo consumo aumenta enormemente con la guerra es de un valor más estable que otros productos, me parece una fantasía inexplicable en un hombre de sentido realista. Si a la actual codicia por el petróleo, debida a ser un producto indispensable en la paz y vital en la guerra, se uniese la que promueve siempre la materia monetaria ¿qué caracteres tomaría ese día la guerra por el petróleo? Creo que ni la varita mágica del Dr. Schacht podría evitar una catástrofe, si tal sueño se realizara.

Más racional es el uso del trigo. Lo propuse yo a raíz de la gran alza de los precios oro en la primer guerra mundial. Otros lo han propuesto antes y después. Tiene ciertas ventajas: su producción y consumo regular, el consumirse y poderse producir en casi todos los países, la facilidad para intensificar su cultivo, el ser un producto muy standardizado en los mercados mundiales y constituir la base de la alimentación humana en muchos países civilizados. De todos modos no creo que se ganara mucho en el cambio.

El problema de la moneda no está en usar esta o la otra mercancía como patrón de valor, sino en tener una moneda de poder adquisitivo estable. Y esto no se conseguirá con ninguna moneda material, sino con una moneda simbólica, cuya estabilidad de valor con respecto a las mercancías se mantenga por un medio de regulación racional. Pero las rutinas del pensamiento son las más difíciles de desterrar, y este fetichismo del oro, que ya la Biblia simbolizó en la adoración del becerro por los israelitas, es algo que perdurará mucho y contribuirá a poner en peligro nuestra civilización, como todas las ideas falsas.